

A buena semilla, buena tierra

La acción de Dios en el corazón del hombre la compara Jesús a la semilla que cae en tierra buena. Si tenemos buena semilla y si tenemos buena tierra, con agua traída a su tiempo, tenemos garantizada una buena cosecha. La Palabra de Dios es la semilla, llena de fecundidad y de vida. Si encuentra una buena tierra produce fruto abundante, según la medida de cada uno, el ciento o el setenta o el treinta por uno. Esa Palabra de Dios es omnipotente, y por tanto capaz de producir vida donde no la hay. Sin embargo, esa cosecha se ve malograda en distintas ocasiones por diversos motivos. El hombre experimenta con frecuencia en su vida la frustración de no alcanzar lo que esperaba. Esta situación le plantea muchos interrogantes, que Jesús viene a explicar en esta parábola.

A buena semilla, buena tierra y buena cosecha. Esto es lo normal. También en la vida del hombre. Si la acción de Dios y su Palabra encuentran buena disposición en el corazón del hombre, aquello echa raíces y conduce al hombre a su plenitud. Esta es la santidad a la que estamos llamados, dando frutos en abundancia que perduran para la vida eterna. La santidad será fruto de la gracia de Dios y de su Palabra, que ha encontrado tierra propicia y colaboración humana apropiada.

A veces, la tierra puede ser de primera calidad, pero no está cuidada suficientemente. Hay zarzas y espinas que distraen los jugos de la tierra, llevándolos a otras hierbas que no producen fruto y restan eficacia a la buena semilla. Son los afanes de la vida y la seducción de las riquezas, que ahogan la buena semilla, haciéndola estéril. La solicitud por las cosas de este mundo, cuando se hace al margen de Dios, seca el alma y es esterilizante. Cansa y fatiga, para nada. Junto a la buena semilla y a la buena tierra, si queremos tener una buena cosecha es preciso un trabajo paciente de purificar el corazón, para que no se deje arrastrar por la seducción de las riquezas, que nos hacen vivir en la mentira. Muchas frustraciones en la vida del hombre vienen de este engaño. Las propias energías, las propias cualidades, el dinero incluso, si se emplea al margen de Dios, sofocan la buena cosecha, impiden llegar a la santidad.

A veces, la tierra no da para echar raíces. Cuando la tierra es superficial, superficial es también el resultado. Brota enseguida, pero a los primeros contratiempos se agosta. La prueba de la perseverancia es la que nos da garantía de buena cosecha. Incluso, siendo buena la semilla y bueno el sembrador, aunque hubiera agua abundante, si la semilla ha caído en el camino, no hay nada que hacer. El demonio se encarga de robar la semilla del corazón, como los pájaros se comen los granos del camino duro e impenetrable a la semilla y al agua del cielo. A buena semilla, buena tierra y buena cosecha. Vale la pena el esfuerzo del sembrador cuando la cosecha esta garantizada.

+ *Demetrio Fernández, obispo de Tarazona*
13.07.2008